

EL ZAPATISMO

SEGUNDA FORMA DE LA REACCIÓN

CAPITULO XXI.

LA INCONGRUENCIA DE LOS ZAPATISTAS LIRICOS.

En el asalto de la Cima, amén de otros memorables horrores, un zapatista introdujo la bayoneta de su fusil en el vientre de una mujer en cinta. En la punta de la bayoneta ensartó al niño en formación y triunfalmente lo paseó por el glorioso campo de la catástrofe. Los ojos agonizantes de aquella mujer aun alcanzaron a mirar el trofeo arrancado de sus entrañas.

En la Estación de Zacatelco, hace unos cuantos días, los zapatistas asaltaron un tren de pasajeros. Todas las mujeres fueron violadas y abandonadas a la orilla de un barranco después de la espantada orgía.

En la voladura del tren de empleados, consumada antier por las mismas hordas, cerca de Apizaco, hubo más de cien víctimas, indefensas todas; algunos cadáveres de niños fueron recogidos con horribles mutilaciones, a gran distancia del lugar del siniestro.

Y no citemos más proezas. La historia del zapatismo es una larga farsa espantosamente criminal.

Sólo queremos llegar a esta conclusión: ¿Cómo puede haber entre las gentes que alardean de civilizadas partidarios del zapatismo?

¿Cómo un padre de familia puede sentir simpatía por una turba bestial capaz de matarle a él mismo sus propios hijos?

¿Cómo una madre puede encender velas a los santos por el triunfo de unos hombres capaces de violar a sus hijas?

Si a cuatro kilómetros de Puebla una partida zapatista se apoderó de las mujeres y las ultrajó abandonándolas llenas de vergüenza y oprobio a la vera del camino, ¿qué razón hay para que entre esas mujeres no estuviese ayer la hija de usted, empigorotada señora zapatista? ¿Qué razón hay para que mañana, usted, con toda su devoción, y su hija que sale de hacer la primera comunión, blanca de espíritu y de cuerpo, no sean las víctimas de la criminal concupiscencia de esos bandidos?

Si los zapatistas vuelan trenes de pasajeros pueden volarlo a usted, iluso zapatista que lee estas líneas.

Si los zapatistas matan a los niños pueden matar a los hijos de usted, distinguido burgués que sueña con la victoria de la reacción.

Si los zapatistas violan a las mujeres, la hija de usted, virtuosa «hija de María,» puede ser violada mañana.

Ya que sois tan egoístas, juzgad las cosas desde el punto de vista de vuestro verdadero egoísmo.

¿O es que la pasión política es capaz de borrar la sangre de tantas víctimas inocentes y de acallar los sollozos de tantas madres?

¿Hay algún velo suficientemente espeso, de pasión, de odio o de conveniencia, que oculte la figura de aquel zapatista, con el cadáver del niño, por nacer clavado en la punta de la bayoneta?

El trágico portaestandarte del zapatismo perdurará a través de los años.

Los zapatistas no cuestan mucho dinero a sus jefes. Es verdad, el zapatista no necesita vestidos ni comodidades. Se alimenta de sangre.

Si le dejan libertades para el crimen, es feliz. El «Chalequero» o el «Tigre de Santa Julia» son los precursores del zapatista.

Para éste nada puede igualar a la voluptuosidad de matar. Los bigotes de Emiliana Zapata son largos y agudos, como dos puñales.

EL OPTIMISMO ES UN ARDID FILOSOFICO.

El cronista tiene que volver sobre el mismo tema. Cada nuevo detalle de la horrible catástrofe solicita un comentario.

Con los ojos de la imaginación veía yo, cuando leí la noticia del atentado zapatista junto a Apizaco, el cuadro de la tragedia: los cadáveres carbonizados, los niños mutilados y . . . arriba, como dice el poeta, «el cielo impasible y puro.»

Pero no era este cuadro, sin embargo, el que más profundamente nos impresionaba. Con los ojos de la fantasía, esa fuente inexhausta del humano dolor que dice el filósofo, nos trasladábamos a los hogares de las víctimas. El mayor Fernández de Castro iba a México, llamado por dos motivos poderosos y antagónicos: acababa de perder un hijo pequeño, que se cayó de un balcón, y acababa de nacerle un hijo nuevo. En el alma del joven militar, durante el viaje, dos sentimientos opuestos luchaban por enseñorearse de su espíritu: un sentimiento de regocijo por su nuevo hijo, y un sen-

timiento de desesperación por su hijo muerto. Sin duda era más grande su tristeza que su alegría: primero, porque esa es la ley natural; son más y más grandes los dolores que las alegrías, y después, porque un hijo que muere, y que muere lejos de nosotros, sin un beso y sin una caricia postrera, es algo que puede ennegrecernos el alma definitivamente.

La muerte, fatalmente ciega, no pensó un solo instante en la madre de aquellos niños que en el paroxismo de la angustia esperaba al padre para llorar en sus brazos toda su honda desesperación. La barbarie zapatista fué el brutal agente de la negra deidad y el corazón de la madre fué triturado sin piedad. El señor Amador Lozano perdió tres hijos. Otros tres fueron heridos, y cuatro nietecitos, que iban asomados a las ventanillas mirando pasar el, para ellos, sorprendente paisaje de la vida, murieron también.

Una de las hijas del señor Lozano, muerta también en la catástrofe, se presentó en Orizaba a despedir a sus hermanos con intención de tomar el tren el día siguiente. Alguien le dijo:—«Aquí hay un asiento, vámonos de una vez.» Ella, sonriente, subió. . . . a la barca de Caronte.

Realmente no se necesita recurrir a los ardidés retóricos para que estos detalles conmuevan. Por sí solos angustian el espíritu. Su elocuencia está en su cortante fatalidad.

Cuando la esposa del señor Lozano supo la tremenda desgracia, dijo a una señora con quien hablaba y que también perdió un hijo en el mismo atentado:—En ese tren faltaron dos pasajeros, y esos dos pasajeros éramos nosotras.

Ahí está el dolor humano en toda su inmensa realidad. El optimismo es un ardid filosófico. La verdad es triste.

UN PEQUEÑO ZAPATISTA RETRASADO.

Publica *El Pueblo* de ayer la fotografía de un niño que, según relata el reportazgo que acompaña el grabado, fué capturado entre las filas zapatistas. La nota se titula «Zapatista minúsculo» y termina con estas palabras: «.....que una educación asidua y bien encaminada despeje los nubarrones que entenebrecen ese pobre cerebro retrasado.»

Verdaderamente, yo no creo que nubarrones de ninguna especie entenebrecan el minúsculo cerebro del pequeño soldado, ni mucho menos entiendo por qué el cerebro de ese niño está retrasado.

¿Qué podremos exigirle a un niño de tan pocos años? ¿Podremos llamarlo retrasado porque no posee la ciencia política de Maquiavelo, o porque no se declaró constitucionalista compenetrado de la nobleza de nuestros principios y de la inmensa latitud abarcada por la palabra liberal? Un niño de nueve años que ignora el sanscrito ¿es un retrasado? Un niño de nueve años que empuña un fusil, porque su padre se lo manda y al que le ordenan que dispare ¿es un retrasado?

¿Qué sabía Emilio Zolá a los nueve años? El Duque de Alba a los nueve años, digan lo que quieran otros autores, hubiese sido capaz de ser zapatista, y el mismo Cardenal Mazarino, aunque parezca mentira, á los nueve años no había hecho ninguna combinación diplomática.

No, este pequeño zapatista ni está retrasado ni es zapatista. Es un niño que no ha ido a la escuela, como todos los niños de esa edad que viven en los pueblos pequeños y que desde chicos son obligados por sus padres a trabajar duramente en las labores del campo o en las del rifle, según el oficio paterno.

Este niño es un desgraciado. Tal vez, si continúa en las filas de la reacción, con el tiempo, hubiese resultado un admirable capitán de bandidos, pero, por ahora, la consideración que debe sugerir esta víctima del medio y de la falta de escuelas, es la del verdadero camino de nuestra redención política: es la educación.

Esto es viejo, ya lo sé, pero es preciso compenetrarnos de la honda necesidad de cultura que tenemos. Si este niño ingresa hoy en la escuela, mañana el hijo de este pequeño zapatista de hoy, no será zapatista, porque su padre, por la magia de las letras, tendrá otras ideas y otra moralidad.

La enseñanza es el futuro nacional y ese pequeño zapatista es un doloroso ejemplo del presente.

CAPITULO XXII.

POBRE DE ROQUE.

Roque González Garza es el nombre más regocijado de cuantos en el mundo han sido.

Los nombres, según las personas que sugieren, puede decirse que tienen un espíritu; y un hombre que se llama Roque González se nos antoja un contratista de leche o un administrador de rancho: Don Roque—oímos este nombre y ante los ojos de la imaginación se nos presenta el paisaje siguiente: un campo labrantío y un hombre a caballo por las veredas seguido de un peón humilde. Las gentes saludan al hombre del caballo: «Dios le dé *salú*, Don Roque. Buenas tardes tenga *su mercé*.—Para *servir* a usted, *señor* Don Roque.»—Don Roque sigue en su caballo examinando los sembrados y después que concluye su paseo, escribe al dueño del rancho respetuoso y adulator:

—Señor amo: las cosechas están bien; yo trabajo todo el día y vigilo cuidadoso los intereses de usted, que es tan bueno conmigo. Tenga confianza; el frijol se vendió a ocho pesos la carga»

He aquí el destino de Roque González Garza, si la falalidad no lo hubiese tomado por su cuenta para mostrar a la humanidad el retrato viviente del ridículo.

Pobre de Roque. Me dicen que vendió retratos amplificad^{os}. Ya parece que lo oigo argumentando como merolico y di-

rigiéndose a una solterona reacia en amplificarse: «señora, el parecido es admirable y garantizada la duración del retrato por veinte años; puede usted retratarse con su gato, el cual saldrá admirable, yo se lo aseguro; es preciso adelantar tan sólo dos pesos cincuenta centavos.»

Pobre de Roque. Su destino era la obscuridad, la mediocridad, la modestia; con aquel nombre y aquella cabeza de tonto legítimo, no debió haber salido jamás a la luz de la celebridad. Y es que, mi querido Roque, hay dos clases de celebridad: la que da la grandeza y la que da el ridículo. El público asiste por igual en una feria a oír un pianista admirable que a mirar un fenómeno. Ambos son célebres, excitan la curiosidad pública; pero a uno lo aplauden y del otro se ríen.

Tú, Roque, eres un pobre hombre; no eres perverso ni eres bueno: eres necio. Para la perversidad te falta carácter, grandeza y valor; para ser bueno, inteligencia, conciencia de las cosas y de la vida. Para ser necio no te falta nada, ni el nombre: Roque.

Sólo tú puedes haber admitido presidir un gobierno grotesco e irrisorio, en el cual naufragó tu pequeño prestigio de pequeño ciudadano y en el cual, de seguro, perderás hasta la vida, cerrándose para siempre tus ojos, que no supieron ver las evidencias de una luminosa realidad y tornándose lacias, eternamente, esas barbas que para adquirir gravedad e importancia te dejaste crecer, cuando comenzaste a subir la montaña, tan fácil de escalar, de la majadería.

¡Oh, qué Roque! Eres un buen muchacho. De administrador de algún rancho, o vendiendo retratos amplificados, no hubieses podido, es cierto, jugar a los decretos y a las combinaciones diplomáticas; pero no hubieras perecido trágica-

mente, ni se reirían de tu insensatez las personas de sentido común.

Y no digas que te calumnio cuando digo que juegas a los decretos: acabas de dar uno para que los jueces y magistrados de tu republiquita usen un severo uniforme negro y togado. Piensa serenamente en esto y convéntrás conmigo en que mientras tus súbditos comen carne de perro (lo cual, entre paréntesis, es peligroso para los traidores) tú te entretienes en vestir de un modo grotesco a los más venales magistrados.

Piensa más en tus súbditos y menos en tu grandeza; baja de Chapultepec y mira a tu PUEBLO hambriento. Ríe y juega con tus «ministros» y con tus «ejércitos,» pero antes mira cómo evitas que los perros sean sacrificados tan injustamente.

Da un decreto que diga que es preferible comer ratas, o siembra de maíz el Paseo de la Reforma, o lanza un empréstito entre las gentes a quienes embaucaste con los RETRATOS AMPLIFICADOS A PRECIOS MÓDICOS.

La suerte ha querido que la comedia se prolongue y que tú, con tu cetro de cartón, tu caballito de palo y tu corona de hojalata, presidas la mascarada; pero ten cuidado, no juegues ni te diviertas tanto con tu «grandeza», que la formidable Ley del equilibrio social caerá sobre tí y, en venganza, te arrancará la corona con cabeza y todo, aunque quizá, más piadosa con tu cerebro de roca, Roque, te condene tan sólo y para siempre a que "VENIDAS RETRATOS AMPLIFICADOS Y A PRECIOS MÓDICOS.

CAPITULO XXIII

LOS MUERTOS ANDAN.

En estos momentos los tornadizos capitalinos asoman medrosos sus cabezas por las ventanas y las puertas y miran con curiosidad a los aguerridos constitucionalistas que discurren tranquilamente por las calles de la ciudad conquistada.

A pesar de su indudable y pasajera reclusión, los habitantes de la ciudad de México saben muchas cosas que ignoraban y que se encargaron de tener ocultas los zapatistas.

En tímidos corrillos, en tal o cual esquina, algunos audaces comentan la preponderancia del constitucionalismo. Hablan con asombro, como de algo reciente, de los formidables triunfos de Obregón a quien creían muerto.—Saben, por lo que han oído a los constitucionalistas, que Monterrey, Ciudad Victoria, Aguascalientes, Yucatán, etc., están dominados por el Ejército Constitucionalista.

A cada momento conocen una noticia nueva, descubren un arcano.—Los muertos, a quienes mató prodigamente la prensa zapatista, resucitan formidablemente.—Don Pablo González—a quien Villa hizo prisionero en Tampico, pasándolo por las armas—recorre las Avenidas de la opulenta ciudad, lentamente, al paso de un brioso corcel de guerra.

Coss, a quien en Puebla pulverizaron las gloriosas hues-

tes reaccionarias de Arenas y Almazán, entra también por las calles de México y todos los ojos que quieren verlo contemplan la resurrección del bravo soldado.

Los detalles de las admirables proezas de Obregón resucitan otro cadáver, y el manco de León, a pesar de haber sido muerto en «la derrota de Celaya.» acaba de arrancar de los ciegos ojos de los metropolitanos la venda espesa de mentiras que les colocaron los ilusos convencionistas.

En unas cuantas horas el Constitucionalismo, a golpes de evidencia, ha mostrado a los sibaritas metropolitanos toda la fuerza de nuestra causa.—Con un diluvio de verdades y de noticias nuevas ha probado que la causa del pueblo está ya en las postrimerías de su grande obra y que el triunfo definitivo es un hecho.

La fuerte organización del Constitucionalismo debe ser en estos instantes conocida de todos.—Cada noticia nueva, llegada a los oídos de los abatidos habitantes de la ciudad de México, es una prueba más de nuestra razón y de nuestra fuerza.

El desfile de tantos muertos, a quienes mató la inocente pluma de Roque, habrá sorprendido a la ciudad absorta no acostumbrada a ver tales resurrecciones.

Los muertos están allí, los puede ver cualquiera desde su balcón. Se pasean por San Francisco, miran la hora en el gran reloj de la catedral añosa, pasean bajo las frondas de Chapultepec.

El Constitucionalismo, a quien mataron la fantasía y «los buenos deseos,» llega a México más pujante que nunca. El cadáver se ha galvanizado y, levantándose, persiste en su idea de libertar a los mexicanos.

Egoístas y muelles capitalinos, dejad un momento vuestra criminal apatía, venid a ver una cosa interesante: un

desfile de muertos que andan, que sienten, que piensan y que aman a su patria.

CAPITULO XXIV.

LA MÁSCARA ABSURDA DE UN CABALLERO
FEUDAL.

Nadie dejó de conocer en México a don Ignacio de la Torre y Mier, «yerno de Porfirio Díaz,» «esposo de Amadita,» «propietario de San Nicolás Peralta» y famoso, con fama bien adquirida, por sus vicios extravagantes.

A todos los habitantes metropolitanos les cupo el placer de haber visto alguna vez las orejas de don Nacho, azules y profundas en sus palidas mejillas de «SENTIMENTAL;» todos admiramos alguna vez los «encantadores» bigotes del apolo en ruinas, rizados con monería y untados pródigamente de cosméticos perfumados.

Don Ignacio gozaba ampliamente de la vida por cuantos medios le era posible. Jamás encontró barreras de prejuicios, de moralidad o de costumbre que amenguasen sus ansias de placer y que le detuviesen en sus apetitos o en sus vicios.

Don Ignacio era un marqués de Sade en miniatura. En su palacio, en sus casas destinadas al placer, las orgías y las más complicadas saturnales se prolongaban días enteros y hasta semanas. Al alba, cuando los obreros, con la cara sombría por las preocupaciones, con la miseria grabada en las arrugas de su rostro, van presurosos a cumplir con la fa-

talidad de su destino, don Ignacio y sus amigos, en sus autos insolentes, salían de sus excesos y miraban desdeñosos, desde los húmedos cristales de sus carruajes, a la turba obrera miserable y triste.

Ignacio de la Torre y Mier es el arquetipo de sibarita: su vida ha sido una continua fiesta, una interminable orgía; difícilmente podría encontrarse en nuestra llamada aristocracia un hombre más inútil; un ser más superfluo en la sociedad. Ignacio de la Torre no tenía ni la simpática generosidad de ciertos millonarios; no era derrochador, y de sus manos pulidas y enguantadas no salió jamás un donativo para un hospital o una limosna para un mendigo.

Ignacio de la Torre ha vivido entre una botella de perfume y una botella de «champaña;» el degenerado sibarita ha gastado parsimoniosamente las rentas de sus millones sin acordarse ni un momento de que mientras él aplastaba alguna anciana con su automóvil «Mercedes» de \$35,000, millones de hombres se debatían en la ignorancia y en la miseria.

Pero hé aquí que la molición de don Ignacio se ve un día interrumpida por una estupenda noticia: acababa de iniciarse en Morelos un movimiento revolucionario. El moderno y pequeño caballero feudal tembló por sus propiedades y por la primera vez, cuando llegó a convencerse de que la rebelión se fortalecía y se propagaba, envió emisarios que brindaron a los zapatistas ciertos tributos porque sus vastos latifundios fuesen respetados. Zapata vió en aquellas contribuciones una renta segura y contra todos los principios de la equidad revolucionaria arrasó las fincas de los hacendados no tributarios y respetó las de don Ignacio y las de otros que se brindaron también a pagar determinadas contribuciones. El incendio llegaba devastador hasta los lin-

deros de «San Nicolás» y se apagaba como por ensalmo; las indisciplinadas turbas de sublevados respetaron siempre los bienes del emperifollado personaje y así fué cómo don Ignacio vivió serenamente en medio de la tempestad.

Pero hé aquí que el constitucionalismo llega a México y encarcela al amigo de Huerta, pese a sus ofrecimientos de dinero. Don Ignacio sufrió lo indecible en la Penitenciaría. Ni comió con sus refinamientos de «GOURMENT,» ni perfumó su cuerpo delicado y sensual ni rizó su bigote. La cárcel cruel, en unos cuantos días, hizo encanecer el mostacho de don Ignacio y su cabeza, más que en largos años lo hicieron los placeres.

Cuando los zapatistas entraron en México se encontraron a su antiguo tributario lleno de tristeza, los claros ojos perdidos en el horizonte, los bigotes lacios, el alma enferma. . .

Zapata, absurdamente agradecido a «don Nacho» por los pasados y egoístas tributos, lo acoge en su seno y desde las profundidades de su aristocracia, el yerno de Porfirio Díaz —por un sortilegio apenas imaginable, se convierte en «General revolucionario»— cambia el bastón de marfil por la recia espada, los perfumes por la pólvora y, arrancándose las sortijas «falsamente nobiliarias,» se lanza a la conquista de la igualdad humana. . . !

Este hecho monstruoso prueba de un modo categórico, irrefutable, la inconsciencia del zapatismo. Es imposible que Zapata crea en la buena fe de Ignacio de la Torre; ni un loco puede concebir a don Nacho diciéndole a Genovevo de la O hermano mío. El pacto de Zapata con Ignacio de la Torre es tan inaudito como el que hubiese podido celebrar Robespierre con el Duque de Orleans.

Los zapatistas piden en su plan de Ayala, tierras. Ignacio de la Torre las tiene en abundancia y en lugar de

dárselas, se incorpora al zapatismo, lleno de hábil falacia, para defenderlas. El mejor medio para que no lo roben a uno los bandidos es volverse bandido: ¿qué os parece la receta?

Zapata pactando con Villa, su hermano en sangre, comete una torpeza, pero su pacto tiene, cuando menos, la lógica de la afinidad; pero Zapata pactando con Ignacio de la Torre comete una insensatez criminal para los que lo siguen creyendo en la pureza de sus principios.

Ignacio de la Torre convertido en general zapatista es por sí solo una formidable negación de los credos y de las teorías de los reaccionarios del Sur. Él solo basta para desmentir el Plan de Ayala; es como una mancha de tinta caída sobre el incongruente documento.

Para los hombres que profesamos principios, para los enamorados de un ideal revolucionario, ese pequeño caballero feudal del siglo XX convertido en general diz-que revolucionario simboliza una cosa terrible, significa algo que por sí solo mueve a risa, si no crispara los nervios de cólera: la mentira que embauca, el engaño que irrita, la comedia que indigna!

Hé ahí el zapatismo: primero, Ticumán: el crimen; después, Ignacio de la Torre: la farsa. . . .